

NONI GARCÍA



OPERACIÓN
CAROLINA



Prólogo

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE NONI, POR J. DE LA ROSA.

Alguien me dijo —quizá lo leí— que la primera impresión no es la que cuenta, porque quien mira detrás de unos ojos —los tuyos, pongamos por caso— solo se deja ver cuando se siente seguro.

Con la novela romántica pasa algo parecido. Si el género no te ha llamado la atención, puede ser por muchas razones, pero me atrevería a predecir que una de ellas es lo que crees saber sobre él. Voy a continuar con este papel de *pitoniso* que acabo de atribuirme y lanzarte tres de estas (como tres conjuros, ya que estamos): 1. Mala calidad. 2. Demasiado blando. 3. Machista. ¿Voy desencaminado? Si es así, sáltate el prólogo y métete de lleno en la novela de Noni García. Si no, acompáñame unas líneas más.

La novela romántica es literatura de género y consumo, como el Terror, la Ciencia ficción, y la Novela negra. Al igual que en estas tres, vas a encontrar novelas excelentes, que son capaces, sin salirse de su género, de investigar en la estructura, de proponer nuevos personajes, de hacerte pensar, de sorprenderte, en defini-

tiva. Pero no solo como sus compañeras en entretenimiento, sino como cualquier otro género de ficción o de no ficción; cuando lees novela romántica, encontrarás buenas y malas obras, excelentes y pésimas, como en cualquier otra disciplina artística.

Para defender el segundo punto, tengo que irme a algo no muy obvio: hay pocas cosas más duras que el amor. Sí, así lo creo y no quiero relatarte aquello de que «por amor se han hecho las mejores y peores hazañas de la Humanidad» —como la Guerra de Troya—, pero es cierto. Desde muy jóvenes nos enseñan a despejar una raíz cuadrada, a identificar el feldespato, a conocer el nombre de la capital de Papua Nueva Guinea, o a hallar la fórmula del cloruro sódico, sin embargo, nadie nos enseña qué hacer cuando nos enamoramos, y, menos aún, cuando se desenamoran de nosotros —¡Ay, qué dolor!—. La novela romántica habla de esto, lo expone sobre una mesa, lo disecciona y analiza sus vísceras. No, no es un género blando.

El tercer punto tiene que ver con la historia. La novela romántica fue un género machista en el pasado, cuando el modelo de amor imperante era el amor romántico. De ahí toma su nombre, de hecho. En aquella época, compartía algo con el resto de la literatura de ficción: era tan machista como toda ella —con maravillosas excepciones—. Piensa en alguna novela de hace cuatro décadas que te sedujera y es posible que encontraras relaciones tan machistas y tóxicas como las de una novela romántica coetánea de ese momento. En la actualidad, no es así. Es más, me atrevería a decir que es el género que más investiga, avanza y expone las nuevas realidades relacionales de nuestra sociedad. Por ponerte un ejemplo, la novela ganadora del Premio Titania de este año —uno de los más emblemáticos del género— tiene como protagonista a una mujer trans. Además, te va a ser difícil encontrar una novela romántica escrita en nuestros tiempos donde la protagonista no esté absolutamente empoderada,

incluso en la novela histórica, donde las autoras se toman la licencia de indagar en las escasas posibilidades de igualdad de la época —póngase por caso las novelas de María Montesinos o de Nuria Llop—.

Y todo esto te lo cuento porque necesito un marco para hablarte de Noni García y de *Operación Carolina*.

Noni es una de nuestras autoras que escriben con Calidad —sí, con mayúscula—, porque conoce el oficio y sabe de lo exigente que somos las lectoras —por una cuestión numérica utilizo el femenino— de novela romántica. Noni no hace literatura blanda, porque detrás de las risas y lágrimas que pueden despertar sus novelas, suele haber una historia fuerte que te da uno de esos pellizcos de monja que te duelen por unos días. Y Noni no permite que el machismo campe a su aire entre sus páginas. Es, de hecho, una de las escritoras que más ha indagado sobre las nuevas realidades de la comunidad LGBT+ en el campo del amor.

Ahora sí, aquí te dejo *Operación Carolina* y volvemos al principio: nada es lo que parece en esta novela —¡Qué bien me ha salido este giro copernicano!—. Empezando por Carolina, su protagonista, que es una agente encubierta que tiene que hacerse pasar por otra persona e investigar un turbio asunto en un pueblecito de la sierra de Cádiz —¿que no conoces la sierra de Cádiz? Guarda el libro en la mochila inmediatamente y vete para allá, no te arrepentirás. Palabra de *pitoniso*—. Ramiro, el protagonista, tampoco es quien ella espera cuando decide que un cuarentón con pinta de asiduo a un prostíbulo puede ser una buena fuente de información. Ni Antonio, el hermano de Carolina, que también oculta algo. Ni la Maripuri, la mala malísima. Ni las tres viejas cotillas, ni doña Pura, ni Sofía...

Operación Carolina es una novela con la que te van a pasar tres cosas. 1. Te vas a reír. 2. Vas a disfrutar. 3. No vas a querer que se termine. Y el que avisa no es traidor.

1

El ambiente era tenso, como cada una de las veces que se organizaba una operación de ese tipo. Todos corrían de un lado para otro menos la inspectora Julia Toledo y el inspector alumno en prácticas Manuel Corberó, y esa frialdad era la que los hacía ser los mejores en su terreno. Ella, como agente encubierto; él, como informático de las operaciones que ella llevaba a cabo.

El inspector jefe Javier Moreno los llamó a su despacho para terminar de coordinar las estrategias. Al día siguiente, daría comienzo aquella operación y todo debía funcionar con precisión, no podían cometer ningún error si querían que todo saliera bien. Estaban a punto de dar caza a una de las redes más importante de narcotráfico y trata de blancas del país. Hasta la que habían llegado gracias a Julia y su incansable trabajo.

—¿Qué falta? —preguntó Moreno.

—Ya está todo, señor —respondió Julia—. Mañana a primera hora emprenderé el viaje al pueblo. Ya tengo localizada la pensión y en unos días empezaré mi trabajo en el Parque Natural de la Mancuerna.

—Perfecto. Corberó, ¿y usted?

—Todo listo para montar mi campamento base en la ciudad que hay a varios kilómetros.

—Recordad que quiero informes diarios. Tengo que poner al tanto al juez de la evolución de la operación. Nos ha costado mucho que nos autorizaran para infiltrar a alguien, y no podemos tirar todo por tierra.

—Sí, señor.

—Eso es todo. Podéis marcharos.

Moreno vio salir del despacho a los dos inspectores. Si Corberó era bueno con la informática, Toledo era la mejor sobre el terreno. Lo había demostrado con creces en todas las misiones a las que se había enfrentado, que a sus treinta y seis años ya habían sido bastantes. Despuntó desde muy pronto en su trabajo, y hasta habían querido reclutarla agencias de otros países. Pero él no iba a perder a alguien tan valioso para la Policía Judicial.

Julia le dio una palmada en la espalda a Manuel mientras salían del despacho del inspector jefe. El chico, a pesar de ser bastante joven, había ascendido como la pólvora en el cuerpo, y que su tío fuera marido del mismísimo Javier Moreno no tenía nada que ver en ello; se lo había ganado a base de esfuerzo y trabajo duro.

Manuel la observó sentarse de nuevo en su escritorio. Admiraba a esa mujer desde que llegó a la unidad el primer día, siempre le había ayudado a seguir aprendiendo, escalando, y gran parte de lo conseguido era gracias a ella. Y, ahora, después de muchos años sin que nadie la acompañara en una operación, contaba con él para la que daría comienzo al día siguiente. Porque era la única persona en la que confiaba para acompañarla después de que la traicionaran muchos años atrás.

Todos pensaban que era una mujer fría, calculadora, capaz de tomar decisiones vitales en los momentos más extremos, a la que no le temblaba el pulso si tenía que apretar el gatillo, pero eso solo era parte de su trabajo. Él había tenido la suerte de cono-

cerla fuera, hasta podía considerarla una amiga, eran muchas las confianzas que habían compartido en las diferentes misiones que habían llevado a cabo juntos, cada uno en su puesto, uno sobre el terreno y el otro en la sombra desde la oficina. Incluso algunos pensaban que entre ellos había líos de cama. Pero no, él la respetaba como si fuera su hermana. Y, por eso, Javier había decidido que en esa operación los dos tomarían ese papel. Aunque él no aparecería demasiado, sí sería la coartada perfecta si ella lo necesitaba.

Salieron del edificio central, se despidieron y quedaron en que contactarían al día siguiente cuando cada cual estuviera en su destino.

Julia llegó a su casa, cenó, se dio una ducha rápida y terminó de hacer la maleta. Estaría un mes fuera y necesitaba bastantes cosas, aunque otras las compraría en aquel recóndito pueblo, si es que había algún sitio donde comprar.

Revisó una vez más en su ordenador las fotos de los implicados. En el pueblo parecían estar todos limpios. Los ciudadanos más importantes eran el alcalde, que ni siquiera vivía allí, y un empresario que tenía una ganadería que surtía de leche y quesos a las empresas más reconocidas del país. Era joven, apenas le sacaba tres años, soltero y con cara de pardillo. Era un más que probable asiduo al prostíbulo situado en la entrada del pueblo, y le convenía tenerlo cerca, existía la probabilidad de que le facilitara información.

—Ramiro, Ramiro, Ramiro... Si no consigo acercarme a ti en el pueblo, seguro que te conseguiré en el puticlub.

Terminó de repasar todas las fichas, guardó el ordenador y se echó a dormir. Tuvo que poner en práctica sus técnicas de relajación, la noche antes de cada misión los nervios se apoderaban de ella. En algunas ocasiones, contaba con alguien que la relajara en la cama, pero esta vez no era así, y el succionador de clítoris

lo tenía en el fondo de la maleta. Podría haber llenado el baño y hacerlo manualmente, sin embargo, estaba demasiado cansada y eso siempre la dejaba con ganas de algo más que no tenía en ese momento. Sonrió al pensar que en esa nueva operación lo tendría muy fácil si necesitaba un desahogo sexual.

Cerró los ojos y respiró hondo. Debía descansar, les quedaba un largo viaje por delante al día siguiente, varias horas de carretera con los coches que les habían asignado. Si al menos fueran juntos, el trayecto sería más ameno, pero cada uno debía llevar el suyo. Que también podrían habérselo dado en cualquier punto más cercano, no en Madrid cuando iban a Cádiz.

—Tienes que relajarte, Julia... Carolina —rectificó.

No podía permitirse pensar con su nombre real. Llevaban semanas llamándola por el que usaría en la operación, así debía ser para que se acostumbrara y no se le hiciera extraño.

Se tapó la cara con la almohada para ahogar un grito. No entendía por qué esa misión la traía tan de cabeza, por qué estaba dispersa, siempre había sido la mejor en lo suyo. Y pensó que quizá los años empezaban a pasarle factura. A pesar de tener solo treinta y siete, llevaba haciendo lo mismo desde hacía diez años, y sabía que ya no le quedaban muchos más, que en algunos más pasaría a la retaguardia. No quería pensarlo, adoraba su trabajo, pero no podía obviar esa realidad.

Finalmente, el sueño ganó la partida cuando apenas le quedaban cinco horas para que el reloj sonara, dando comienzo una nueva aventura.

Eran las doce del día cuando Carolina entró en el bar de aquel recóndito pueblo. Había quedado allí con Purificación Romero,

la dueña de la pensión donde se alojaría mientras durara el operativo. Se acercó a la barra. Sabía perfectamente cómo era, tenía fotos de ella en su ordenador, pero se suponía que no la conocía de nada.

—Buenos días —le dijo a una joven que estaba preparando un café.

—Buenos días. ¿Le pongo algo?

—Sí, un café, por favor. Y a ver si puedes ayudarme.

—¿Se ha perdido? Usted no es de por aquí.

—No, no me he perdido. Pero he quedado aquí con... —Sacó su móvil y buscó algo—. Con Purificación Romero.

—¿Con mi abuela? Ah, sí, me dijo que hoy llegaba un huésped al hostel. Pues, mira, por allí viene.

Carolina se giró para mirar por donde le indicaba. Recordó el árbol genealógico de Purificación y se anotó mentalmente que debía dar un tirón de orejas a los de investigación. La foto que tenía en su poder de la nieta de la mujer que se acercaba con paso dificultoso hasta el bar era de cuando tenía quince años, y ahora debía rondar la veintena y no era ya una adolescente.

—Abuela, te buscan —dijo Sofía mientras le servía el café a Carolina.

—¿Carolina? —preguntó la mujer.

—Sí —le sonrió—. Usted debe ser Purificación.

—Aquí nadie la llama así —le susurró Sofía—. Todos la conocen como doña Pura.

—Puedes llamarme como prefieras, bonita —comentó doña Pura mientras posaba una mano en la barra—. Vamos a sentarnos en una mesa, que la ciática y los años no me dejan hacerlo en un taburete.

Carolina le tendió el brazo para que tuviera un apoyo al andar. La mujer lo agradeció con esa sonrisa que no desaparecía de su rostro, a pesar de que se notaba que el dolor era intenso.

Tomaron el café juntas. Carolina aprovechó para preguntarle cosas del pueblo, aunque ya estaba al tanto de casi todo. Puso en práctica sus conocimientos de psicología y la tuvo comiendo de la palma de su mano en menos de dos minutos. En realidad, sintió un poco de lástima por la mujer, si la había embaucado tan pronto, no era más que por la soledad en la que vivía. Pero lo importante en ese momento era que había conseguido que la invitara a ir esa noche con ella a la carpa que había montada al final de la calle para la celebración de las fiestas del pueblo. Yendo de la mano de una mujer destacada de la comunidad, no le costaría tanto integrarse y no la mirarían con recelo.

Una vez terminaron allí, se fueron hacia la pensión que estaba a escasos metros. Algo que agradeció Carolina, ya que le era imprescindible un café bien cargado de buena mañana para empezar bien el día. Que ya podrían haberle buscado una casita donde poder cocinar y no tener que comer a diario en el bar.

Entraron en el edificio de dos plantas. Se dirigieron a una de las dos puertas que había en la baja, doña Pura abrió, le entregó la llave y la instó a pasar primero. Carolina lo hizo y se quedó boquiabierta.

—Creí que era una habitación...

—Lo era. Pero los tiempos cambian y estamos de reformas. Por ahora, este es el único apartamento, pero está previsto otro aquí abajo y dos más arriba. Cuando la gente viene a este tipo de pueblos, no busca una habitación, busca algo donde poder vivir unos días. Adaptarse o morir, bonita mía.

Estaba pensando que debía darle otro tirón de orejas más a los de información, pero todavía olía a pintura; lo que significaba que la obra era muy reciente.

Doña Pura se despidió de ella hasta esa noche. También le indicó dónde quedaba el único supermercado del pueblo, algo

que le vendría muy bien hasta que unos días después fuera a la ciudad más cercana para llenar la nevera.

Una vez a solas, sacó el portátil y lo puso sobre la mesa. Esperó a que encendiera, se colocó un auricular e inició una videollamada por Skype. Pocos segundos después, Javier Moreno estaba en la pantalla.

—Ya estoy instalada.

—Genial.

—Dile a los de información que se pongan las pilas. Sofía ya hace años que dejó de tener quince, y esto está siendo convertido en apartamentos turísticos —le dijo mientras cogía el portátil y recorría el lugar para que Moreno lo viera. Después volvió a su posición.

—¿Algún contratiempo?

—Todo en orden.

—Perfecto. Corberó también está ya instalado... —Julia se dio cuenta de que había algo que le preocupaba.

—¿Qué ocurre, Javier? —cambió el tono y pasó a hablarle como al amigo que era, no como a su jefe.

—Cuídamelo, ¿vale?

—Cuidaré de él. Dile a tu marido que esté tranquilo y que cuando esto acabe, me debe una de esas lasañas tan ricas que hace.

—Trato hecho —sonrió.

Hablaron de algunas cosas más y cortaron la comunicación. Carolina miró la hora, ya era tarde para comprar y preparar algo de comer. Así que decidió ir al supermercado, dejar las cosas colocadas y empezar su vida social en el bar del pueblo.

2

El centro comercial estaba lleno de gente, como cada sábado. Se recriminó a sí mismo haberle propuesto a Marcelino que quedaran allí para comer. Estaba tan acostumbrado a vivir en la soledad de su finca que aquellos sitios tan concurridos le resultaban asfixiantes. Pero ya estaba hecho. Su amigo llegaría en poco menos de media hora y disfrutarían de una insana comida que quemaría al día siguiente corriendo por los montes o en el pequeño gimnasio que tenía en su casa.

Pasó junto a una de las tiendas de ropa en las que solía comprar. Que viviera en medio de la nada no quería decir que no le gustara la ropa cara ni tuviera buen gusto. Miró el reloj y vio que aún tenía tiempo, así que entró, necesitaba calzoncillos nuevos y con los que más cómodo se sentía era con los de Calvin Klein. Eran bastante caros, sin embargo, su bienestar bien lo merecía y podía permitírselo.

Cuando el dependiente lo vio entrar, corrió a atenderlo. Ya era conocido y siempre se dejaba una buena suma de dinero, así que lo trataban como si fuera el mismísimo rey de España. Le pidió lo que iba buscando, el chico se lo sacó y, de paso, le comentó que

habían llegado unas camisas nuevas que eran muy de su estilo: elegantes pero informales.

El teléfono le sonó en el bolsillo del pantalón mientras se probaba la última de las prendas. Sabía que era Marcelino, así que descolgó sin más.

—Ya estoy aquí.

—Yo también. Estoy probándome una camisa, no tardo.

—Voy para la tienda.

Marcelino no necesitó que le dijera dónde estaba, sabía perfectamente adonde acudir, y cuando llegó, lo encontró con un par de bolsas y pagando con el teléfono lo que probablemente sería una cantidad indecente de dinero. Y le pareció genial, porque no tenía vicios, no derrochaba, solo se daba algún capricho de vez en cuando en ropa, calzados o alguna máquina para su gimnasio personal, del que él también hacía uso casi a diario.

—Muchas gracias, señor Ortegón. Siempre es un placer tenerlo por aquí —le alabó el dependiente cuando llegaban a la puerta.

—Ramiro, por favor, que yo no soy como los estirados esos que sueles tener por aquí. —Le guiñó un ojo al dependiente.

—Ya sabe que es protocolo de la empresa... —se excusó el chico.

—¿Sobre qué hora puedo pasar para recoger el pantalón?

—Ya está en camino. Si va a comer usted por aquí, pase cuando termine.

—Perfecto.

Tras despedirse del dependiente, Ramiro saludó con un abrazo a Marcelino, que lo esperaba escuchando atento la conversación con una sonrisa en el rostro. Su amigo tenía dinero suficiente para construirse una casa con ladrillos de oro, pero era la persona más sencilla y generosa que existía sobre la faz de la Tierra.

—¿Dónde comemos hoy? —preguntó Ramiro.

—Ya que hoy tenemos el día completo de malcomer, quiero una hamburguesa lo suficientemente grasienta como para tener que tomarme media caja de Almax.

—Entonces, ya tenemos claro dónde vamos a comer. Pero antes tengo que sacar dinero.

—Pero si tienes en la cartera, que te lo he visto.

—Ya lo sé, pero esta noche no puedo pagar con tarjeta en la carpa, y tengo que dejarle una propina al chico de la tienda, que siempre me atiende muy bien y ha conseguido que me traigan el pantalón desde Algeciras para tenerlo en un rato.

—Normal. Si te dejas un dineral cada vez que vienes, es lógico que te traigan lo que quieras, así sea desde la misma China.

—¡Qué exagerado!

Los dos hombres siguieron hablando mientras caminaban hasta el restaurante que estaba un par de plantas más arriba. Carmen llamó a Marcelino cuando estaban a punto de entrar, y Ramiro se adelantó para ir cogiendo mesa. Así su amigo no se sentiría incómodo hablando con su mujer que, sin razón alguna, no lo soportaba... En realidad, sí lo sabía, aunque quisiera obviarlo. El motivo por el que tenía ese insano resentimiento hacia él tenía nombre de mujer y no casaba para nada con la víbora que todos en el pueblo sabían que era: Mari Puri.

Comieron entre charlas y risas. Recogieron el pantalón y Ramiro compró unas cuantas cosas para la hija que Marcelino y Carmen estaban esperando. Muy a pesar de la esposa de su amigo, este se había impuesto a la hora de elegir al padrino de la criatura, y no iba a permitir que a su ahijada le faltara de nada. Aunque lo hubiera hecho de todas formas solo por ser su hija.

Se despidieron en el aparcamiento y quedaron en verse unas horas después, a eso de las nueve, en la carpa que habían puesto en la plaza del pueblo.

A Marcelino todavía le quedaba por visitar a una paciente a la que tenía especial cariño, doña Pura, a la que la ciática estaba matándola desde hacía unos días y él le aliviaba la presión descar-gándole la zona lumbar. Era uno de los mejores fisioterapeutas que había por allí, pero siempre buscaba un hueco donde no lo había cuando se trataba de alguien del pueblo.

Ramiro llegó a su casa, que estaba un tanto apartada del pueblo, cuando el reloj marcaba casi las siete. Se sentó un instante en el sofá, pero se levantó rápidamente. Si permanecía allí más de cinco minutos, se dormiría y no iría esa noche al pueblo. Por una parte, pensó que quizá era lo mejor, estaba agotado. Una complicación en el parto de una de las vacas lo tenía despierto desde las cuatro de la mañana. Después, se pasó toda la mañana entre papeles, facturas, llamadas, pagos e impuestos. Por último, había salido con Marcelino. Pero entonces desechó la idea, esa era la poca vida social que tenía: las fiestas del pueblo una vez al año, las partidas de dominó los viernes por la noche con los abuelos que se reunían en la única tasca que había y los desayunos en el bar los domingos por la mañana.

Se fue a la ducha antes de caer rendido, ya tendría tiempo de descansar cuando volviera esa noche.

Marcelino llegó a su casa y escuchó el agua de la ducha. No se lo pensó dos veces. Se quitó la ropa y fue a darle al encuentro a su mujer, esa que lo volvía completamente loco desde que la conoció unos años atrás de la forma más inusual.

Recordó ese momento, cuando iba despistado pensando en la cantidad de pacientes que tenía ese día y no vio que el coche que tenía delante se había parado. Frenó al darse cuenta, pero no

pudo evitar el golpe. Su vehículo quedó destrozado, y la mujer del otro con un latigazo cervical que le duraría bastante tiempo. Cuando vio su cara de ángel, sus grandes ojos celestes, su pelo rubio... Se enamoró en ese preciso instante.

Entró en el baño, abrió la mampara y Carmen dio un respingo al no esperarlo.

—¡Un día de estos me matas del susto! —exclamó.

—Prefiero matarte de placer... —susurró Marcelino, abrazándola por detrás a la vez que le acariciaba el vientre.

—Vamos a llegar tarde...

Marcelino hizo que se girara y devoró sus labios. La acercó todo lo que la abultada barriga le permitió y Carmen sintió su erección. Como cada vez que quedaba con su queridísimo amigo, estaba de mal humor, pero entonces él la desarmaba, como siempre, con una buena ración de sexo a la que nunca podía resistirse. Porque las manos de su marido sabían dar unos masajes maravillosos en todos los sentidos, y sus prodigiosos dedos eran capaces de llevarla al orgasmo en cuestión de segundos.

Salieron de la ducha con cuidado de no resbalar y fueron directos al dormitorio, a la cama. Marcelino hizo que se tumbara, besó su vientre con ternura y bajó hasta su sexo. Su lengua se coló entre los pliegues y encontró lo que buscaba. Carmen se arqueó al sentir el primer toque, y no pudo parar de gemir hasta que le sobrevino el orgasmo sin poder controlarlo.

Una vez conseguido lo que quería, Marcelino la besó en los labios, pero Carmen estaba tan excitada que necesitaba estar encima y llevar la batuta de aquel concierto de placer. Lo empujó para que se tumbara, se puso a horcajadas sobre él y se dejó caer, haciendo que la penetrara, que hundiera en ella hasta el último centímetro su erección. Lo cabalgó. Marcelino acarició su vientre, jugó con sus pezones, hasta que se dio cuenta de que empezaba a cansarse. Su mujer era ardiente como ninguna que hubiera co-

nocido antes, habían tenido sesiones de sexo interminables, pero ahora no podía obviar que estaba embarazada de ocho meses. Apoyó las manos en sus caderas y la ayudó con lo que estaba haciendo.

—Joder, Marce, voy a correrme...

—Hazlo, mi vida, que yo te sigo.

Y así lo hizo. Carmen se dejó ir y lo arrastró consigo. Todo el mal humor de ese día se fue con aquel orgasmo que los dejó exhaustos. Marcelino hizo que se tumbara y la abrazó en la postura de la cuchara. Acarició su barriga, besó sus hombros, y si no hubieran quedado en poco menos de una hora, hubiera vuelto a hacerle el amor a su mujer, porque nunca tenía bastante de ella. Era lo mejor que tenía en su vida junto a su amigo Ramiro. Sonrió al ser consciente de que tenía todo lo que siempre había deseado: una mujer que lo adoraba y a la que amaba con delirio, un amigo que le había acompañado siempre, un trabajo que era su pasión y estaba a pocas semanas de construir una familia.

—Tenemos que ponernos en marcha —lo sacó Carmen de sus pensamientos.

—Sí. Le he dicho a Ramiro que nos veámos sobre las nueve.

—Vale... —Marcelino notó el malestar de su mujer, como siempre que salía su amigo a la palestra.

—No empecemos, por favor.

—No me cae bien, no puedo evitarlo.

—Creo que no te ha dado ningún motivo para ello.

—Ya, pero...

—Carmen, yo no sé qué cojones te habrá contado Mari Puri para que no soportes a Ramiro...

—No, no. Mari Puri nunca me habla de él —se apresuró a decir Carmen. Y Marcelino supo que mentía, esa impulsividad siempre la delataba.